



**Arte
a Babor**
Descubrir el arte
desde chicos

Silvia Sirkis - Ilustraciones: Tomi Hadida

800.9282
SIR
5786

Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación



A Benito le gustan los barcos

un cuento para conocer a Benito Quinquela Martín

Así me gusta a mí



A Benito le gustan los barcos

un cuento para conocer a Benito Quinquela Martín





Idea y texto: Silvia Sirkis
Ilustraciones: Tomi Hadida
Corrección: Aldo Giacometti

© 2008 **Arte a Babor**
Villarino 2498
C1273AEB Cdad. Aut. de
Buenos Aires - Argentina
info@arteababor.com.ar
www.arteababor.com.ar
Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.-

Libro de edición Argentina.
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Primera edición: Abril 2013
Impreso por Gráfica Pinter
Diógenes Taborda 48
Cdad. Aut. de Buenos Aires
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Arte a Babor es una joven empresa argentina especializada en la producción de contenidos de introducción al arte para niños y preadolescentes.

A través de historias o formatos afines a los chicos, **Arte a Babor** los invita a descubrir obras y artistas que hicieron el mundo más colorido, más ingenioso, más deslumbrante. Papás y mamás están invitados, tomen a sus chicos de la mano y déjense llevar.

Agradecimientos

A la Lic. María Sábato, directora del Museo de Bellas Artes Benito Quinquela Martín, por su apoyo y a la Lic. Mirta Cobreros y a Estefanía Nigoul, del mismo museo, quienes facilitaron el material fotográfico.

Referencias fotográficas:

Obras reproducidas por cortesía del Museo de Bellas Artes Benito Quinquela Martín:

Benito Quinquela Martín, Día luminoso, 1968; Crepúsculo, 1960; Lluvia espiritual, 1960; Ternura espiritual, 1960; Reencarnación, 1960. (© Stella Maris Distilo)

Sirkis, Silvia

A Benito le gustan los barcos : un cuento para conocer a Benito Quinquela Martín : edición especial para el Ministerio de Educación / Silvia Sirkis ; ilustrado por Tomi Hadida. - 1a ed. - Buenos Aires : Arte a Babor, 2013.

16 p. : il. ; 20x28 cm.

ISBN 978-987-29025-2-0

1. Libros de Entretenimientos para Niños. 2. Arte para Chicos. I. Hadida, Tomi, ilus. II. Título
CDD 793.205 4



Idea original y textos: Silvia Sirkis
Ilustraciones: Tomi Hadida



A Benito le gustan los barcos

un cuento para conocer a Benito Quinquela Martín



Benito nunca supo dónde nació. Se crió entre muchos chicos que, mientras crecían, esperaban una mamá y un papá.

Cuando cumplió 6 años, llegaron Manuel y Justina a conocerlo, lo abrazaron con amor y lo llevaron a la casa que de ahí en más sería su hogar. Fue un viaje corto por calles empedradas. Cuando Manuel anunció que habían llegado, Benito miró con atención su nuevo barrio: La Boca.

Lo que descubrió lo dejó sorprendido. Por primera vez, vio el río y vio barcos. Había mucha gente trabajando en la orilla: algunos hombres cargaban bolsas enormes en sus espaldas, otros reparaban o pintaban las naves. “Es el puerto de la boca del Riachuelo”, le contó Manuel. En silencio, Benito observó el movimiento de la gente, escuchó el sonido del agua, miró los colores de los barcos. Caminaron un poco más y Benito se dio cuenta de que los colores no estaban solo en el puerto. Las casas estaban pintadas un poco de rojo, un poco de azul, un poco de verde. Algunas eran de chapa, otras, de madera, y unas pocas eran de ladrillos.





Benito llega al barrio de la boca del Riachuelo

Mientras se acercaban a la casa de la calle Irala, Benito, con ojos muy abiertos, miraba y miraba sin cansarse. El lugar no se parecía en nada al mundo gris del que venía. No había duda, La Boca le encantaba.

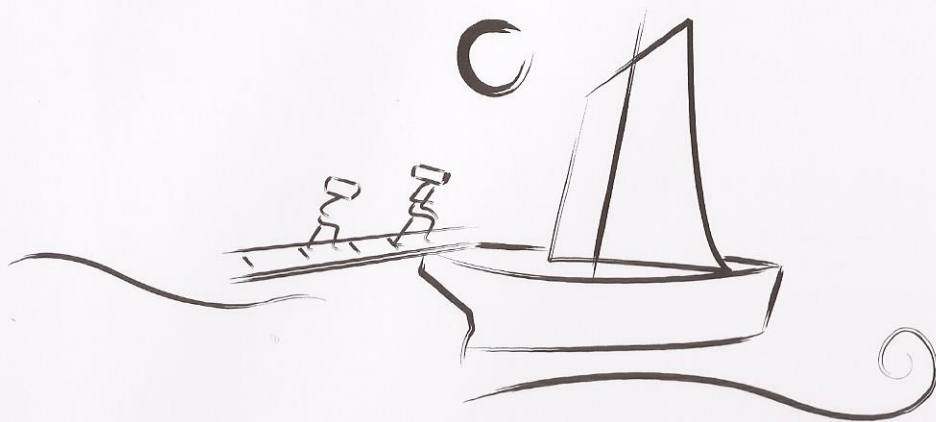


Los papás de Benito tenían una carbonería. El carbón era algo muy útil en aquella época: se usaba para cocinar y para calentar la casa. Apenas creció un poco, Benito empezó a ayudar a Manuel en el reparto de pedidos. No podía estar más contento. Mientras iba de casa en casa llevando el carbón, Benito conocía cada rincón del barrio.

Cuando le sobraba un ratito se quedaba en el puerto mirando los barcos que llegaban y que partían. Algunos enormes que venían de lejos y otros chiquitos, veleros o botecitos, que solo cruzaban hasta la isla de enfrente. Con gran admiración observaba a los hombres que caminaban por angostas pasarelas de madera cargando bolsas muy pesadas; parecían equilibristas.

Algunas veces, se quedaba hasta el atardecer y, si tenía suerte, llegaba a ver cómo el sol rojizo se reflejaba en el río. “¿De qué color es el agua?... De ninguno y de todos”, pensaba.





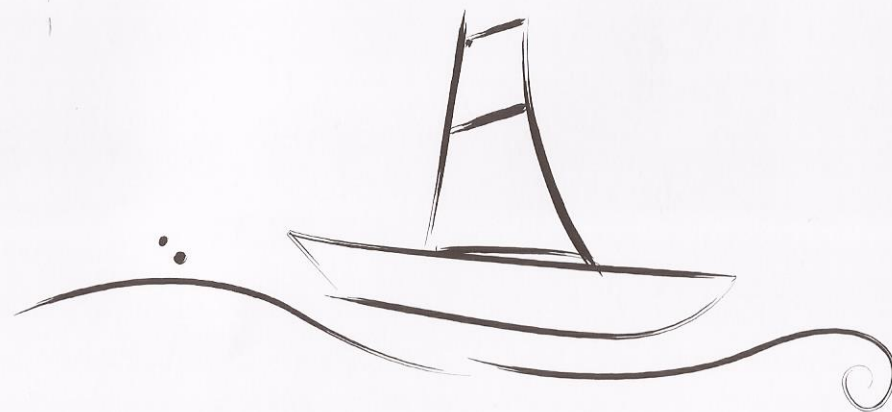
Benito tenía ganas de guardar esos instantes, esas imágenes que le gustaban tanto. Ahora nos resulta fácil: sacamos una foto y listo, pero cuando Benito era chico la gente no tenía cámaras fotográficas en sus casas. Se podía contratar a un señor fotógrafo, pero era muy caro y no era cosa de todos los días. Además, las fotos en esos tiempos eran en blanco y negro. Benito, entonces, grababa las escenas en su memoria y en su corazón.

A veces, sacaba un pedacito de carbón de la bolsa y trataba de dibujar en una baldosa o alguna pared olvidada el barco que más le había gustado.

Los años pasaron, Benito creció y se convirtió en un joven y, como casi todos los jóvenes del barrio, consiguió un trabajo en el puerto.

¿Habría soñado con ser marinero? Eso no lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que un día decidió tomar clases de pintura.

A su papá Manuel le pareció raro, pero su mamá lo miró con una sonrisa y aprobó la idea.



Entonces Benito se anotó en las clases del Sr. Alfredo y aprendió enseguida todo lo que su maestro le fue explicando.

Cada vez dedicaba más tiempo a sus cuadros y más se entusiasmaba con lo que lograba dibujar.

¿Adiviná qué le gustaba pintar?

Benito eligió mostrar el lugar que mejor conocía y más quería.

“Pinta tu aldea y pintarás el mundo”, dijo un poeta, y Benito pintó una y otra vez el puerto de La Boca.



Lo pintó un día de sol
cuando los colores
son brillantes;



lo pintó al atardecer,
teñido de naranja;



y también un día de
tormenta, cuando todo
se ve más gris.

Benito también pintó el Riachuelo bajo las llamas durante un gran incendio y bajo la luz de la luna una tranquila noche despejada. Ese exacto lugar podía tener colores muy distintos según la hora y el clima.



Algunos años antes, un pintor francés llamado *Claude Monet* había pintado el frente de una misma catedral ¡treinta veces! Pero todos los cuadros resultaron diferentes. Los hizo en distintos horarios para mostrar cómo cambian las cosas según la luz que las ilumina.

También vos podés probarlo: asomate a la ventana de tu cuarto por la mañana, ¿es un día de sol con colores que brillan?, ¿está nublado y se ve todo un poco gris? Y si mirás casi al anochecer, ¿el paisaje tiene los mismos colores?

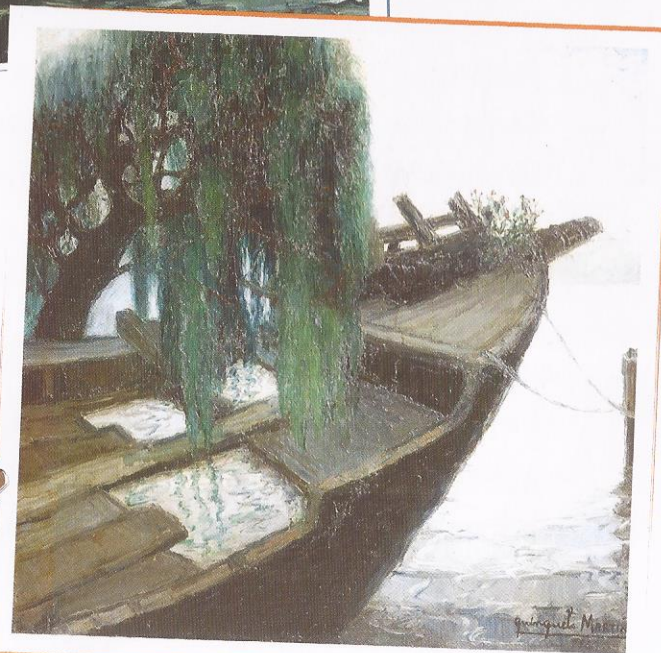
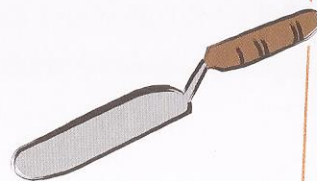
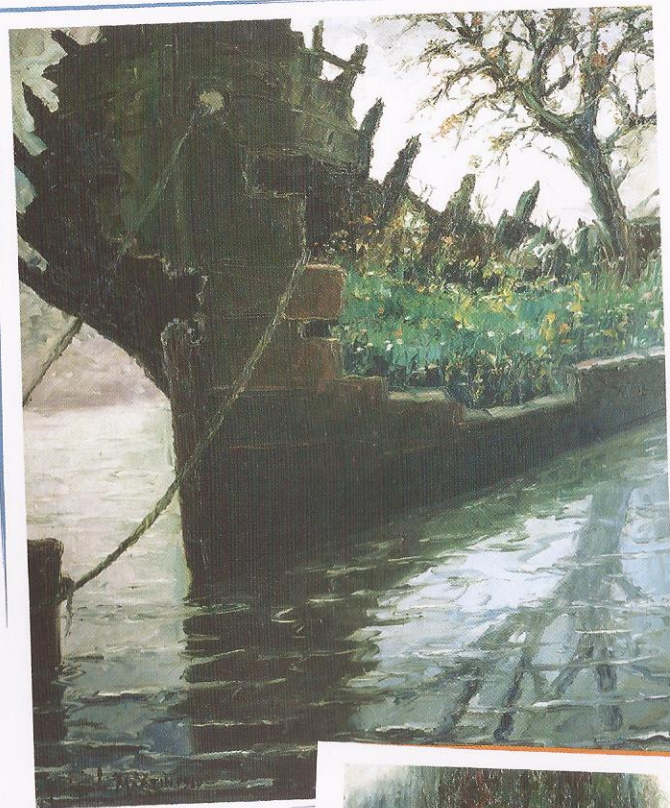
A Benito le gustaba pintar cuadros grandes, enormes. A veces, con sus pinturas decoraba paredes enteras. Cuando pintaba usaba rojos, azules y amarillos brillantes (seguro que recordaba la primera impresión que le dieron los barcos coloridos al llegar a La Boca). Nunca se olvidaba de pintar a los hombres equilibristas.

No usaba pinceles como la mayoría de los artistas. Benito pintaba con una espátula. Ponía capas gordas de pintura y la espátula iba y venía con rapidez y con fuerza.

Cuando la gente se paraba frente a los cuadros, podía ver el paisaje del puerto con sus personajes y sus historias, pero cuando se acercaba mucho, casi hasta pegar la nariz, podía ver en qué lugar Benito había hundido la espátula para dibujar un botecito o cómo la había movido para hacer las ondas del agua.

Benito se hizo famoso rápidamente. A la gente le encantaban sus cuadros. Cuando vendió los primeros, corrió a comprar un regalo para su mamá. Hubo otros artistas que decidieron pintar La Boca, pero ninguno logró que el paisaje le saliera tan colorido ni retrató tan bien como Benito la vida del lugar.

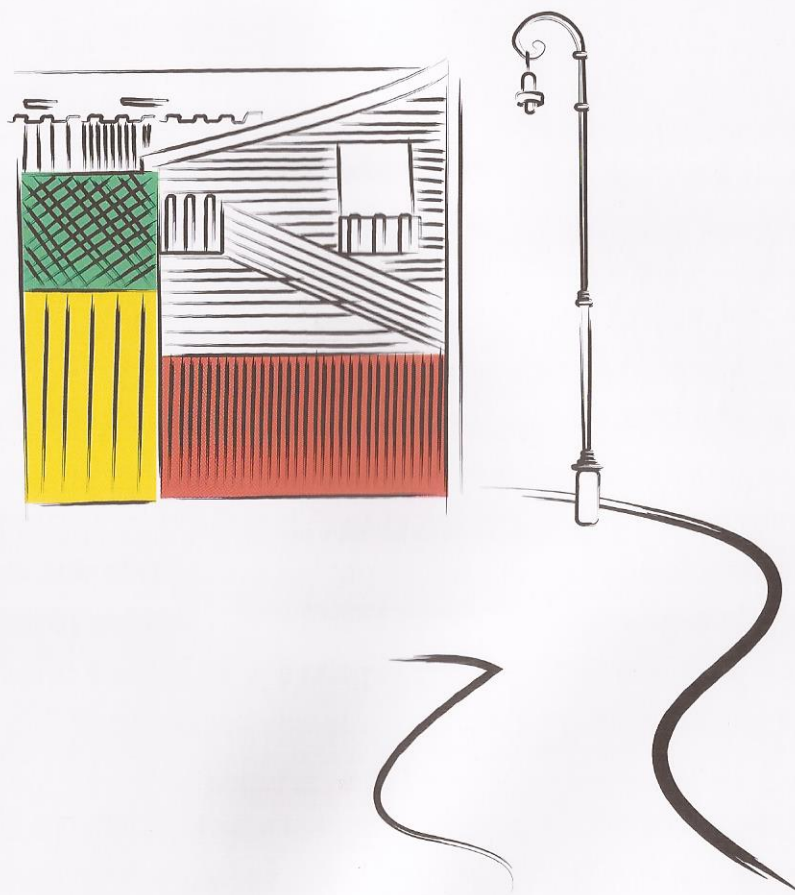
Un día, los grandes barcos dejaron de llegar al Riachuelo. El puerto se mudó y lo único que quedó en su antiguo lugar fueron embarcaciones abandonadas, que cada día estaban más feas y oxidadas. ¿Qué hizo entonces Benito? ¿Se mudó para pintar el puerto nuevo? ¡Claro que no! Se quedó trabajando en el mismo lugar y pintó cuentos de amistad entre los viejos pedazos de hierro y madera y las plantas que crecían sobre ellos.





Sin el puerto, La Boca se entristeció. La gente, el movimiento y parte de sus colores comenzaron a desaparecer. Benito pensó: “¡Quién mejor que un pintor para devolverle el color al barrio!”. Buscó a sus amigos y, juntos, eligieron una calle justo al lado del Riachuelo. Era cortita, de solo dos cuadras, y estaba llena de historias: por ahí había pasado un arroyo que se cruzaba por un puente, pero el arroyo se había secado y el puente ya no estaba; luego había pasado por allí un tren que llegaba al puerto, pero ya no estaban ni el puerto ni el tren. Ahora estaba abandonada. Junto con vecinos y amigos sacaron los yuyos, pintaron todas las casas de verde, de rojo y de amarillo y llenaron las veredas con esculturas. “¿Cómo podemos llamar a esta callecita?”, se preguntaron. Alguien pasó tarareando un tango, y así nació el *Caminito* de La Boca.

Benito no solo quería devolverle el color a La Boca, también quería devolverle el amor que sintió desde el día que llegó con Manuel y Justina. “¿Cómo se abraza un barrio?”, se preguntaba.



Una buena manera, pensó, es ayudando a la gente que vive en el lugar. Así fue que decidió construir frente al Riachuelo escuelas y hospitales a los que pintó con los más lindos colores que encontró en su paleta.

Carlitos Chaplin,
vos te merecés un tornillo



Como te habrás dado cuenta, Benito estaba lleno de buenas ideas, y también estaba lleno de amigos que lo visitaban en su taller. Una tarde, conversando con algunos de ellos sobre lo difícil que es actuar de buena manera —decir la verdad, hacer cosas bellas, buenas o útiles—, pensaron que aquellos que lo lograban merecían un premio. Entonces inventaron “La Orden del tornillo”. Benito fue nombrado el Gran Maestre de la Orden. Se mandó a hacer un traje que parecía el de un capitán, con grandes charreteras doradas y decorado con un montón de tornillos. Cada año elegían a aquellos que habían creado bellas obras de arte o habían inventado vacunas o habían hecho reír mucho a la gente. Y al ganador le entregaban un lustroso tornillo dorado atado a un cordel de color.

Y rojo va, verde viene, este cuento llegó a su fin, un final feliz como el de todas las historias de amor bien correspondido, como el amor de Benito por el barrio que lo ayudó a crecer y a quien él cuidó, pintó e hizo famoso.

Fin



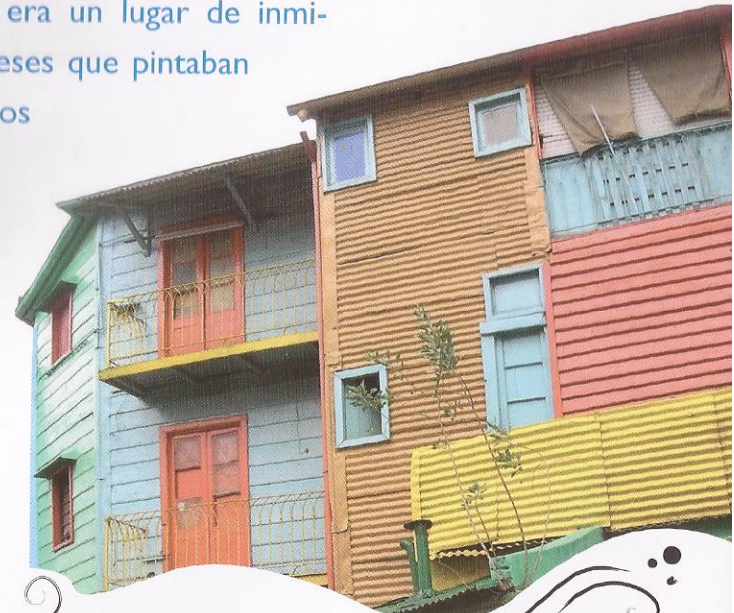
Ahora, ¡a pasear!

Este cuento no es todo inventado. Como te imaginarás, Benito existió. Su nombre completo era Benito Quinquela Martín. Su casa, que hoy es parte del museo que lleva su nombre, se puede visitar. Queda, por supuesto, en el barrio de La Boca, en la ciudad de Buenos Aires. Ahí se pueden ver los cuadros que están en este libro y muchos más (acordate de mirarlos primero de lejos y después bien de cerca, para ver las capas de pintura y el paso de la espátula). También está su piano pintado de colores como el barrio que amaba y su traje de “La orden del tornillo”. Por el ventanal, o saliendo a la terraza, se puede ver el Riachuelo donde todavía quedan algunos pocos barcos.

Museo de Bellas Artes Benito Quinquela Martín
Av. Pedro de Mendoza 1835 La Boca
Ciudad de Buenos Aires

Al salir del museo, paseá por *Caminito*, la calle que Benito inventó y que ahora visita gente de todo el mundo.

También podés caminar por el barrio y ver algunas de las casas de chapa acanalada que aún quedan. Muchas tienen balcones con lindas barandas de hierro y son parecidas a las que Benito vio cuando llegó por primera vez a La Boca, cuando era un lugar de inmigrantes genoveses que pintaban sus casas con los restos de pintura que sobraba en el puerto.



Y de yapa*, te cuento:

Mascarones de proa



Benito vio y pintó todo tipo de barcos. De tanto mirar y tanto pintar conoció algunas naves que, en la proa (o sea, adelante), tenían unas figuras de madera inclinadas hacia el agua, como si estuvieran listas para emprender el viaje. Podían ser sirenas o hermosas mujeres, leones o guerreros

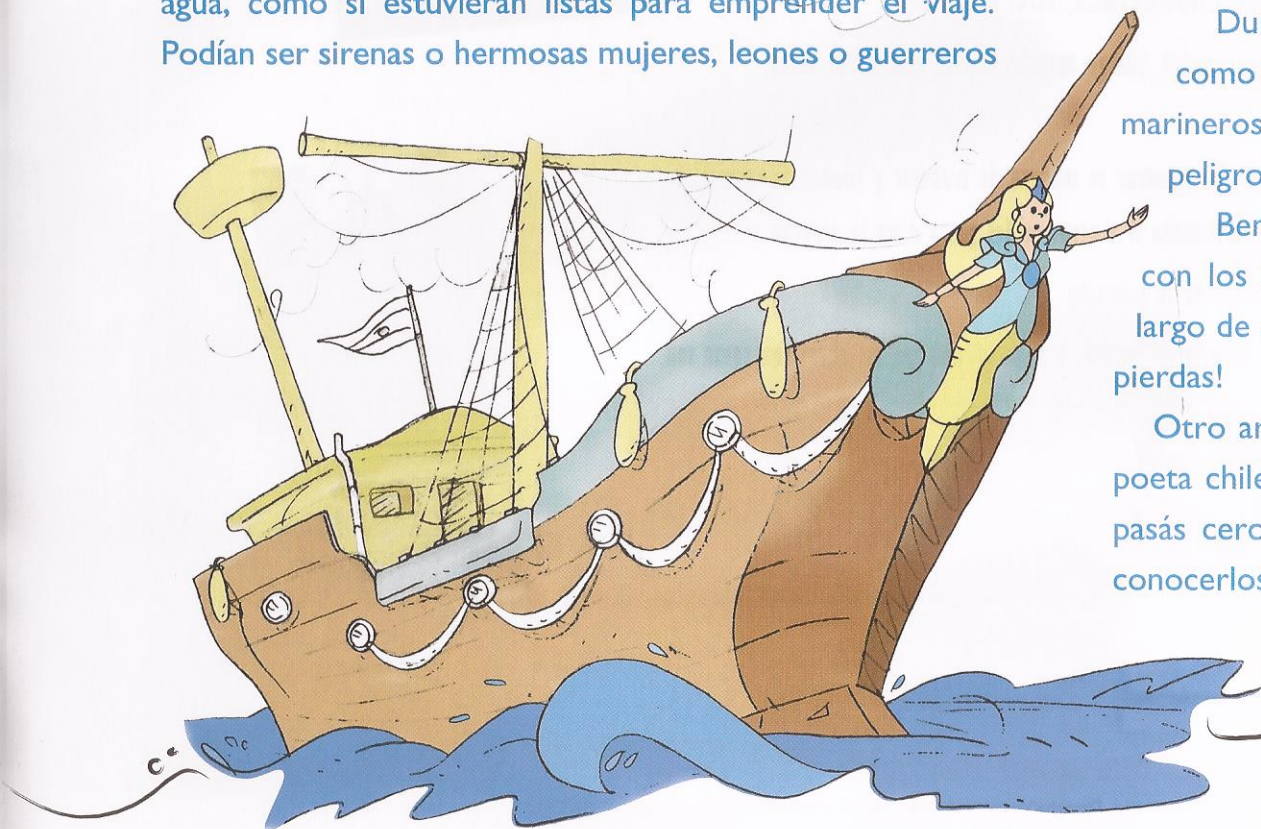
temerarios, pero siempre tenían la mirada clavada en el horizonte, oteando el camino a seguir.

Durante muchos siglos, los mascarones de proa, como se llama a estas figuras, adornaron los barcos. Los marineros pensaban que los protegían de los posibles peligros del mar.

Benito, quien tanto amaba los barcos, se apasionó con los mascarones que conoció y los coleccionó a lo largo de su vida. La colección está en el museo. ¡No te la pierdas!

Otro artista que coleccionó mascarones de proa fue el poeta chileno Pablo Neruda. Si alguna vez viajás a Chile y pasás cerca de Isla Negra, donde queda su casa, entrá a conocerlos.

(* ¿Sabés lo que es la yapa? La yapa es lo que viene de regalo, algo que no te esperás, como lo que te cuento ahora que terminó este cuento.)



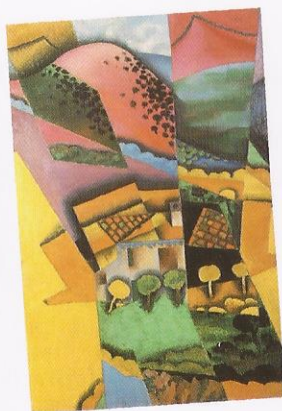
Colección Así me gusta a mí

¿Por qué algunos artistas pintan personas,
otros pintan paisajes
y otros cosas que no se entienden ?

Algunos pintan cuadros enooormes, otros cuadros chiquitos,
algunos esculpen piedra, pintan murales o usan materiales raros.

Para un artista no es fácil encontrar su manera de trabajar y cuando la encuentra
la defiende con firmeza si a otros no les gusta o no la aceptan.

En los libros de la colección **Así me gusta a mí**
te vamos a contar la historia de muchos artistas y por qué sus obras son como son.



Descubrir el arte desde chicos

Izquierda: Juan Gris. Paisaje en Ceret (Landscape at Ceret). 1913. Moderna Museet, Estocolmo. Derecha: Vincent van Gogh. Noche estrellada (The Starry Night). 1889. The Museum of Modern Art, Nueva York. Eduardo Sívori. Primavera. 1914. MNBA, Buenos Aires.



**Arte
a Babor**
Descubrir el arte
desde chicos

¿Conocés Arte a Babor?

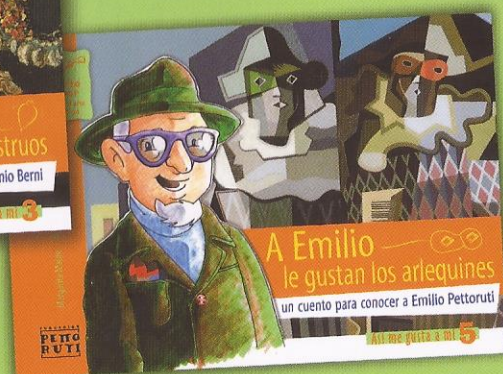
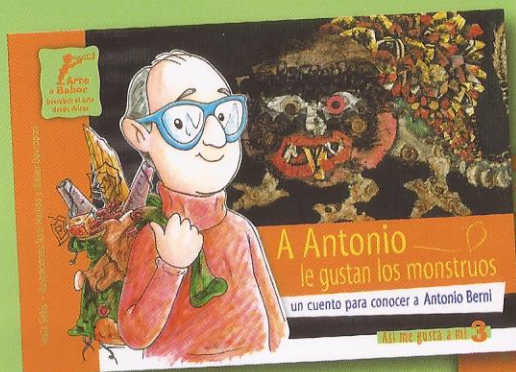
Arte a Babor tiene una misión nada secreta: hacer descubrir a los chicos todo lo que hay de especial, divertido, conmovedor u oculto en el arte.

¿Sos un chico curioso? ¿Tenés tu catalejo a mano?

Entonces vení a compartir con nosotros esta aventura del descubrimiento.

Miremos lo que nos rodea y gritemos juntos: "¡Arte a babor!"

Otros libros de Arte a Babor



¿A partir de qué edad se puede leer este libro?

Si sos un chico curioso y explorador,
este libro es para vos.
Y si sos mamá, papá o abuelo, también.

Porque dar un paseo bien acompañado
por los caminos del arte
es una divertida experiencia familiar.
¡No te la pierdas!

Seguí divirtiéndote en
www.arteababor.com.ar

ISBN 978-987-29025-2-0



9 789872 902520